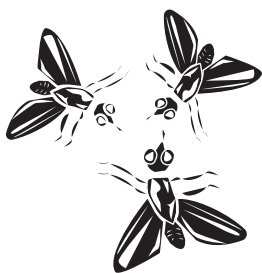


Las moscas

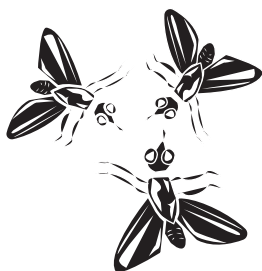


y otros cuentos

Jorge Luis Cáceres

editorial
El Conejo

LAS MOSCAS



Atesoro a mi lado moscas de carne, moscas de leche,
moscas de agua en beneficio de los otros: moscas que zumban
de vez en cuando en mi cabeza con pálpitos de muerte tierna.

Javier Vásconez, Angelote, amor mío.

No recuerdo bien el día ni la hora exacta,
pero juro que aquel día presencié mos-
cas, las más asquerosas moscas, saliendo
y entrando por la boca de mi vecino. No dije nada.
En vano traté de que mis ojos no miraran a las
moscas –gordas, negras y de violentos ojos rojos–
revolotear por las paredes de aluminio del ascen-
sor o posarse en las comisuras de su boca. Las vi
hurgando su nariz, aferradas con sus garras a los
vellos nasales, como columpiándose al filo de un
abismo. Luego, vi cómo sus grises labios lamían
y chupaban golosamente el rostro de mi vecino,
dejando marcas de pus amarillenta en su piel y
una que otra vellosidad de su cuerpo negro. Juro
que aquella imagen espantosa me llenó de pavor,

porque mis ojos lograron observar, como amplificados por un reflector, hasta el más imperceptible movimiento que las moscas hacían. Luego, miré cómo cientos, miles, millares de hexagonales de color rojo se tejieron uniformemente, hasta formar una superficie similar a una red viscosa. Eran sus ojos, que me veían por todos lados, que analizaban mis gestos, que latían acompañando mi respiración. Su baba contaminó el lugar con un hedor tremendo, asfixiante, que me provocó un ataque de tos. Tapé mi boca y nariz con la manga de mi chaqueta, pero el hedor era tan fuerte que penetró la gruesa tela. Quise huir apretando cualquier botón que me sacara del ascensor, pero mis manos parecían estar atadas a mi espalda. Petrificado, presencié cómo las moscas raspaban con sus garras los párpados, luego el iris y la pupila de mi vecino, formando hoyos en el espesor del globo ocular. El clímax llegó cuando miles de larvas transparentes emergieron por las vacías cuencas de los ojos de mi vecino, quien en ningún momento se inmutó ni alteró su expresión ausente. Las larvas, al caer al piso, mutaban en fieras moscas que se unían a las demás, haciendo el mismo ejercicio devorador sobre el resto del cuerpo de mi acompañante. Recuerdo que tuve náuseas, que sentí el reflejo de la comida en mi garganta y aquel sabor de saliva espesa y salada en mi lengua. Al llegar al quinto piso las puertas del ascensor se abrieron y para escapar tuve que esquivar el cuerpo putrefacto de mi vecino. Di un salto y llegué al pasillo. Pronto aparté la puerta metálica de mi departamento y abrí las tres

aldabas, siempre percatándome de que ninguna mosca me hubiera seguido. Corrí al baño donde guardo los implementos de limpieza y tomé un insecticida. Más tarde descubriría que esta clase de instrumentos poco o nada servirían para deshacerme de las terribles moscas negras. Recuerdo que esa noche no pude dormir y que, a pesar del murmullo que emitía el televisor, escuchaba profundos zumbidos y veía moscas velándome alrededor de mi cama.

Al día siguiente desperté a las siete, tomé un baño para desprenderme del hedor de las moscas, pero fue inútil. Abrí una bolsa y deposité la ropa que llevaba la noche anterior. Quise tirarla en la basura, pero decidí esconderla en una de las repisas de la bodega. Me preparé el desayuno: tostadas con mermelada y mantequilla y un jarro grande de café cargado. Mientras vaciaba el jarro, tuve la impresión de que del negruzco líquido emergía una gran mosca empapada que intentó lamer mi boca. Me asusté y dejé caer el jarro. Aparté la silla. El temor se acrecentó cuando vi a las terribles moscas devorando el pan y la mantequilla. Corrí a mi habitación, tomé un abrigo y salí hacia mi trabajo. Esa mañana, al bajar por las escaleras, tuve miedo de toparme nuevamente con mi vecino. Caminé dos cuadras hasta llegar a la parada de la línea 39. Tuve suerte, el colectivo iba casi vacío. Me senté en uno de los puestos del final, para tener una vista panorámica de todo el espacio. Entre dormido y despierto, vi subir a una señora enorme que hizo tambalear la estructura del colectivo y que se

atoró en la puerta por su gran tamaño. El chofer tuvo que salir a empujarla; al principio, lo que estaba viendo me pareció gracioso, pero cuando el chofer empujó más fuerte, la señora enorme perdió estabilidad y se estrelló contra las primeras gradas, reventando su cuerpo como si fuera un globo de helio. Pronto el colectivo se llenó de moscas negras que me veían con violentos ojos rojos. Espantado y sin dar crédito a lo sucedido, escapé por la puerta trasera y corrí, corrí hasta que mis piernas adoloridas me obligaron a tomar un descanso. Yo trabajaba en la estación de metro, tenía el turno de la mañana y sabía que, si algo andaba tan mal, la estación del metro sería el peor lugar en donde estar. Caminé sin rumbo por horas, cavilaba sobre lo sucedido la noche anterior con mi vecino y sobre los sucesos en mi departamento y en el colectivo. Era imposible que algo así estuviera pasando, pero al llegar a un callejón sin salida, vi a tres hombres tirados en el piso siendo devorados por las moscas y entendí que, si no hacía algo, pronto sería yo el devorado.

En una tienda donde venden toda clase de venenos, compré lo necesario: spray contra plagas, trampas de goma para las paredes, matamoscas de varias formas y un mechero, por si había necesidad de prenderles fuego a las malditas. El encargado era un sujeto mayor, llevaba lentes gruesos, nariz ancha y aguileña y una gorra que decía en letras manuscritas “Mr. Dangerous”. —¿Acaso va a matar a la madre de todas las moscas? —preguntó, con tono sarcástico. No respondí a su

pregunta, quién iba a creerme, ¡moscas devorando a personas!, pensarían que estoy loco. Pero el encargado insistió: —amigo, el arsenal que lleva no le servirá de nada. Las moscas no comen de afuera hacia adentro, lo hacen al revés. Lo mejor que puede hacer, es abrirse el cuerpo usted mismo para sacarse la peste. Mire... —dijo, y abrió su overol dejándome ver su cuerpo desnudo y lacerado—. Las moscas aún no me comen los pulmones, ni el único riñón que me queda. Es posible que viva unos días más —añadió, apretando mi mano. El temor me obligó a golpearlo, retrocedí para escapar y choqué brutalmente contra la puerta de vidrio del local, quedando inconsciente en posición fetal. Lo último que recuerdo fueron los ecos de los aerosoles rodando por el piso.

Algunas gotas de lluvia me despertaron. Extrañamente dormía recostado en la banca de piedra de un parque, a merced de cualquier peligro. Revisé mis documentos y estaban completos, nada me faltaba. Para cuando estuve en movimiento ya eran las siete de la noche y un torrencial aguacero caía sin dar tregua. Llegué empapado al lobby de mi edificio. Con temor apreté el botón del ascensor. Ya no diferenciaba entre sueño y realidad. Las puertas se abrieron y me alivié de encontrarme solo, pero, de pronto, mi vecino entró al ascensor, gambeteando por la estrecha ranura. Me saludó y bajó el paraguas. —Qué tremenda lluvia —dijo amablemente. No contesté. No quise mirar a las moscas devorándolo. Mientras subíamos, sentí cómo los ojos del vecino y su aire coloquial cam-

biaban, ahora me escrutaba con su mirada. Era él y no yo quien estaba petrificado. Intenté preguntarle: —¿Qué carajo pasa?—. Pero, al abrir mi boca, sentí como una mosca caminaba por mi lengua y frotaba sus patas delanteras contra su cabecita diminuta. Luego emprendió el vuelo y nos miró a los dos con aquellos ojos rojos, tan fieros como distantes, mientras cientos de moscas devoraban mi cuerpo.